

La antítesis en la negra sombra

Eduardo Pérez Hervada

Formas de citación recomendadas

1 | Por referencia a esta publicación electrónica*

PÉREZ HERVADA, EDUARDO (2011 [1975]). “Rosalía, la eterna sombra”. *Nordés*: 2-3, 32-34. Reedición en *poesiagalega.org*. *Arquivo de poéticas contemporáneas na cultura*.

<<http://www.poesiagalega.org/arquivo/ficha/f/866>>.

2 | Por referencia á publicación orixinal

PÉREZ HERVADA, EDUARDO (1975). “Rosalía, la eterna sombra”. *Nordés*: 2-3, 32-34.

* Edición dispoñíbel desde o 9 de xuño de 2011 a partir dalgunha das tres vías seguintes: 1) arquivo facilitado polo autor/a ou editor/a, 2) documento existente en repositorios institucionais de acceso público, 3) copia dixitalizada polo equipo de *poesiagalega.org* coas autorizacións pertinentes cando así o demanda a lexislación sobre dereitos de autor. En relación coa primeira alternativa, podería haber diferenzas, xurdidas xa durante o proceso de edición orixinal, entre este texto en pdf e o realmente publicado no seu día. O GAAP e o equipo do proxecto agradecen a colaboración de autores e editores.

ROSALÍA, LA ETERNA SOMBRA

Toda la vida de Rosalía fue, en esencia, pura sombra. Sombra en su nacimiento, sombra en su paternidad, sombra en el número de años vividos bajo la tutela de María Francisca, y en sus amores, gustos, relaciones, formación y tantos otros aspectos de su existencia. La niebla es una tupida constante veladora de la claridad necesaria para que la luz diáfana e intensa penetrase en ciertas intimidades y descubriese secretos, disipando esas sombras difuminantes de un ciclo vital henchido de dolor, misterio y arraigada tristeza.

Se desconoce un relato completo y detallado de los primeros años de su vida y solamente surgen retazos infantiles a través de su propia obra y de cuanto pudo llegar a nuestros oídos. Era impresionable y la soñadora mente supo guardar imágenes de los bellos paisajes regionales, luego inspiradores de su acervo literario. De inteligencia despierta y dotada de indudables talentos artísticos. A los veinteseis años pintó el retrato de su esposo; sus disposiciones musicales merecieron elogios de Murguía; quizá hubiese llegado a gran actriz, y le fascinaban las canciones indígenas que su agradable voz le permitía entonar. De cumplida estatura, enjuta y de cabellos castaños y rizados, de atractivo aspecto cuando se hallaba animada, según Sister Mary Pierre, mientras en reposo una expresión atribulada lucía en su rostro. En plena adolescencia sufrió un cambio de carácter. Reflexiva, introspectiva, sensible, sentimental, soñadora, atormentada y de breve juventud convirtió en poesía su complejo sufrir y en lenitivo lírico las continuas circunstancias adversas. Marina Mayoral «intenta explicarse las contradicciones que frecuentemente ofrecen las actitudes adoptadas por Rosalía» ante su obra, y nos presenta «un análisis exhaustivo y probatorio».

Así aparece esta mujer genial y extraordinaria, en continua oposición, en constante lucha con las circunstancias y el ambiente. Incomprendida, insatisfecha, introvertida, aislada en un mundo imaginado y plasmado, se recrea en su tortura anhelante de sublimar las penas y purificarlas mediante el sufrimiento. Para Madariaga Rosalía «es todo sencillez, quietud, vida animada, sí, pero discreta cuando no secreta, y sobre todo, sentimiento humano». «Muy mujer en cuanto a su cuerpo revelan, sin embargo, las facciones de su rostro una fuerza y una resolución varoniles, sobre todo en las facciones únicas, nariz, boca, frente, grandes, bien desarrolladas y afirmadas en perfiles claros y hasta contundentes», rasgos «que desmienten con su vitalidad varonil la sonrisa femenina y melancólica».

La influencia opresora de las contingencias exteriores, domeñan a Rosalía en comprobados aspectos. A los veintiún años publica un trabajo sobre la mujer libre lindante con la rebeldía, puesto que poseía libertad de corazón, libertad de alma, libertad de pensamiento, brotando del inagotable fontanar de la intimidad. A los cuarenta y tres expone que la mujer es arpa de dos cuerdas, la imaginación y el sentimiento, siempre alejadas de las duras facetas meditativas.

Y en ese ínterin de cuatro lustros la esperanza se tornó desesperación y las ilusiones volaron prendidas en la frase becqueriana «las ilusiones perdidas». La fuerte lucha todavía continuaba, pasando del anhelo de triunfo al duelo impuesto contra la adversidad encauzado en un romántico lirismo.

En Rosalía encontramos la ambivalencia, no solo proyectada en determinados personajes de su obra en prosa, puesto que ella misma la acusa y afirma en su poesía: «mi pecho ve juntos el odio y el cariño, mezcla de gloria y pena». Más su constancia se refugia en la sombra y el dolor y ambos se inbrican, complementan y componen. El dolor es el soto que asombra su vida, que origina su umbría espiritual; la sombra impregna su alma sensitiva, la envuelve en la duda coartadora de firmes decisiones, y la sensibiliza para considerarse dolorida. Mayoral separa las sombras de la sombra. «Las sombras son *alguien*, la negra sombra es *algo*. Las sombras son seres con quienes se dialoga, han tenido una vida terrenal y, en cierto modo siguen participando en ella; la negra sombra es una realidad a la que se alude en forma vaga mediante un símbolo». El dolor asimismo, expone dicha autora, no es lógico confundirlo con las penas dimanadas de lo accidental, transitorio, en tanto el dolor continuo no se vincula a ningún hecho por innegable producto de la vida. ¿Es la sombra la que conturba un espíritu predispuesto al dolor o es el dolor el acicate disturbador de un espíritu ensombrecido? García Martí llamó a su dolor, al dolor de Rosalía, dolor de vivir, nosotros hubimos de considerarlo en adecuado añadido, dolor de envejecer.

Juan Naya Pérez —en «Inéditos de Rosalía», 1953— recoge la idea aunque no la comparte. Sin embargo, en sus obras se perfila y constata al exponerla más de una vez. La primera pincelada surgió en el artículo «Un libro sobre Rosalía». —«El Ideal Gallego», 19 febrero 1952— exteriorizada así: «Rosalía veía aterrorizada la marcha de su juventud, veía el correr de los años impotente para detenerlos, e impregnaba su obra de lo que pudiéramos llamar dolor de envejecimiento». Luego publicamos «Tristeza de envejecer» —«El Ideal Gallego», 23 agosto 1958— donde sentamos que los espíritus sensibles, imbuídos de escepticismo, o de tendencia contemplativa, o refractarios a la acción, o dominados por la reflexión, o propensos a inclinaciones introspectivas, suelen afectarse por el continuo miedo a envejecer cuando contemplan el paso inevitable de los años sin aprehender las añoradas ilusiones y sin comprobar la realidad de sus sueños. Y varias producciones rosalinianas lo muestran.

Conocemos diferentes estudios sobre Rosalía sin que hayamos gozado hasta ahora de una síntesis cabal, completa en la que jueguen los abundantes complementos de una vida en su justo valor, pues cualesquiera aislamiento desmerece el conjunto, por ejemplo calibrar a Rosalía únicamente desde un determinado punto de vista. En Rosalía dominan las sombras, las dudas, las desigualdades, las contradicciones, las inseguridades, sin que ahondar en una faceta signifique absoluto desentrañamiento. Alonso Montero, en cuya biografía juegan trascendentes factores, escribe «Quien se proponga presentarnos algún día una Rosalía *total* tendrá que acometer la tarea de explicar este divorcio literario», al enumerar obras que «desmerecen realmente». Si fue «mártir del sagrado

vínculo», ya poseemos una piedra para construir el edificio; si cuando se encontraba enferma adquiría «un humor del diablo y todo lo veía negro», conocemos otra, y si afirmaba «estoy de un humor sombrío, y puede que lo tuviese del mismo modo aun sin motivos para ello» atesoramos la tercera.

¿Por qué se rompieron y quemaron bastantes epístolas y papeles? Si es difícil encontrar cartas de Rosalía serán hartas las intimidades ignoradas, pese a que Bouza Brey había puesto su confianza en lo confesado en las todavía existentes. Las misivas afirman y definen, perfilan y plasman. Podrían aclararnos si las sombras emergen de los conflictos y choques o si los dolores morales acusan el impacto de los disturbios psicossomáticos.

Copiemos esta frase de Xesús Alonso: «Los espíritus sensibles chocan una y otra vez contra las grietas de la sociedad, para ellos siempre mezquina, prosaica, chata, estúpida, y malvada. En un mundo donde casi todos participan de estas cualidades cada paso suyo, cada vicisitud suya, es un encuentro con los verdugos de su espíritu».

La vida es el jardinero que poda las ilusiones. Mas, los árboles de nuestro mundo interior brotan y se adecuan a la raza, tiempo y lugar. E incluso la sombra de sus troncos y copas dimana de la cantidad y calidad del sol recibido y absorbido.

EDUARDO PEREZ HERVADA

EL CIEGO DE LA PISCINA DE SILOE, de José Ruiz Sánchez. Artesa, Cuadernos de Poesía, Burgos, 1975.

Primer premio en el 11 concurso internacional «San Lesmes Abad», este libro de J. Ruiz Sánchez entronca en cuanto a su temática con la mejor poesía religiosa de poetas «arraigados» de la generación del 36 como Panero, Rosales o Valverde. A través de un lenguaje intelectual, muy elaborado en poemas de expresión casi barroca, (como el titulado «Cintas de Colores»), el poeta malagueño recorre el sendero de la búsqueda de Dios a través del tiempo («El tiempo tiene vueltas de Dios por las esquinas»), desde un mundo de hombres ciegos y sordos a la presencia siempre latente de Aquél como luz y esperanza (ese «Adviento» en que «se despierta un rumor/de pasos, lejano, casi amanecido, impaginario/todavía») a pesar de que «nunca sabremos/del todo/los sitios/de mirar». La búsqueda culmina en el hallazgo del Amor, del agua de la Vida (la metafórica piscina de Siloé) que «manaba interminablemente». Como A. Canales dice en el prólogo «la poesía religiosa será siempre una enorme interrogación». Y a ella intenta responder el poeta. Y N.

CARA O LONXE, NOITE ADIANTE, de Xosé Devesa. Grafinsa. La Coruña.

Dos partes se diferencian en este volumen de versos: la primera, bilingüe, bajo el título de «Cara o lonxe», encierra una serie de motivos que explicitan la «saudade» radical de este poeta coruñés transplantado al Uruguay: añoranza de su tierra, «morriña», lejanía («Sinto a lonxanía con mais forza/que o ouxeto mesmo/dexa lonxanía»), la vida como sueño, la ciudad natal, el amor cantado en cantigas de corte medieval (digamos a este respecto que el metro y tema de poemas como «Froita cativa», «Sen rumbo» poseen tonos del Romancero). La segunda parte, ahora en castellano, es un recorrido por la «Noite Adiante» del poeta desde su lejanía de Cáceres, y los poemas cobran un tono más hondo que en la parte anterior, si bien continúan los mismos temas: nostalgia, amor, el paisaje coruñés, su mar, que como una constante aflora en las imágenes de los poemas de esta segunda parte, superior a la primera. Y. N.

CAUCE DESNUDO, de Mariluz Villar Otón y Jesús Rial Varela. Pendiente de reseña para el próximo número.